



Cristobal Colón en Jaén

Texto: Jesús Ibáñez Muñoz

El día amaneció caluroso. El verano se había asentado con fuerza en la ciudad y un hombre salía con paso lento del Convento de San Francisco. Cuando pasó bajo el dintel de la puerta se volvió para mirar la imagen tallada en piedra del Santo que daba nombre al mismo y que, con sus brazos abiertos, acogía a todos los que quisieran encontrar cobijo y consuelo entre sus muros.

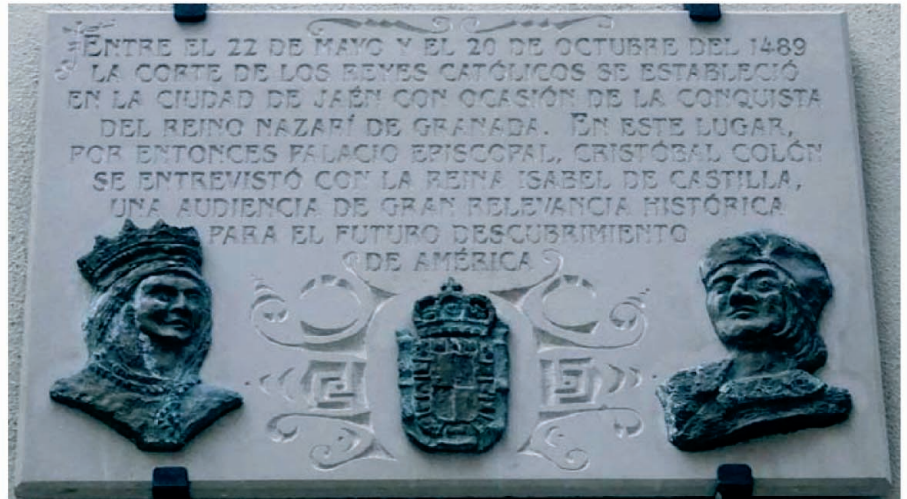
Salió a un amplio espacio abierto de tierra que el Condestable de Castilla Miguel Lucas de Iranzo mandó allanar, limpiar y despedregar con la finalidad de ampliar y ensanchar la plaza del Arrabal, derribando para ello algunas casas. Quería que fuera la vía principal para realizar carreras de caballos. Caminó hacia la Puerta de Santa María, que adosada a la Catedral, servía de entrada a la ciudad.

Se detuvo en la sombra que proyectaba una de las torres de la ciudad puerta. Miró hacia su izquierda y pudo ver la Puerta de Noguera, junto a su torreón, que servía de entrada y salida hacia la ciudad de Granada.

La Puerta de Santa María estaba formada por torres cuadradas, con saeteras y almenas, siendo una de ellas utilizadas como cárcel. Tenía una amplia barbacana que además de reforzar su capacidad defensiva, servía para el control de las mercancías que entraban en la ciudad.

Tras un breve saludo a los soldados que se encontraban junto a una de las torres, nuestro hombre cruzó el arco de la puerta y se sorprendió al ver el puente de piedra que se había construido entre el Palacio Episcopal y la lonja de la Catedral y que permitiría, pensó para sus adentros, que la Reina Isabel de Castilla pudiera ir al templo para sus oraciones sin necesidad de pisar la calle y ser molestada por sus súbditos.

El Palacio Episcopal se en-



contraba en la unión de la calle del Cristo y la calle Mesón de las Parras. Se situó frente al palacio, cuya entrada principal estaba presidida por el escudo del prelado. El soldado que hacía guardia escuchó las explicaciones del visitante siendo este invitado a entrar y a seguir los pasos de un monje que salió a su encuentro. Cruzaron el patio porticado y se detuvieron ante una puerta de roble viejo, igualmente custodiada por dos soldados, que de forma sincronizada abrieron ambas hojas invitando a entrar a nuestro hombre.

El salón de visitas del Obispo de Jaén, había sido acondicionado para que Sus Majestades pudieran recibir a las distintas visitas que solicitaban su audiencia. El salón estaba presidido por dos grandes tronos, situados ante un gran tapiz con los escudos de Castilla y Aragón. El resto se encontraba vacío de mobiliario.

Con una profunda inclinación, nuestro hombre hizo la reverencia.

-¡Majestad!

Y alzando nuevamente la mirada, pudo comprobar co-

mo la Reina Isabel I de Castilla, estaba acompañada por una señora, que estaba sentada en un sillón a la izquierda de la Reina, y de dos caballeros. Uno de ellos era un prelado y el otro, por su apariencia, debía de ser algún consejero cercano a los Reyes.

La Reina, desde su trono, lo saludó con un amigable "Cristóbal" para a continuación darle la bienvenida a la Corte. "Le presento a las personas que me acompañan en esta audiencia. A Doña Teresa de Torres, gobernadora y administradora de la ciudad desde que su marido, el Condestable de Castilla, fue asesinado. A Su Eminencia Don Luis Osorio y Acuña, Obispo de Jaén, como anfitrión, confesor y un gran colaborador militar al que le he pedido que aguarde a que se produzca esta visita antes de dirigirse a la ciudad de Baza, en donde le espera mi esposo el Rey Fernando; ya que quiero que sea testigo ante Dios de mi decisión. Y a Don Luis de Santángel, secretario del Rey y Escribano de Ración de la Corona de Aragón".

A cada uno de los interpe-

lados, Cristóbal Colón, lo saludaba con una efusiva inclinación de cabeza. Y de pie, en el centro del salón, esperaba ávido que la Reina Isabel continuara y le explicara el por qué de haberle hecho llamar a la Corte.

-*"He de decirle que siempre he mantenido mis dudas sobre el proyecto de las Indias, habiéndoselo negado siempre. Pero una misiva de Don Luis de Cercas, el Duque de Medina Sidonia, me ha hecho recapacitar nuevamente acerca de su proyecto. En su misiva el Duque me explica los beneficios que para la Corona tendría su expedición, tanto a nivel económico como a nivel mundial, por crear una nueva vía para el comercio de las especias. Él está dispuesto a pagar el coste de su aventura y Don Luis de Santángel, aquí presente, adelantará el dinero que ha de aportar la Corona para nuestro viaje. Desde este mismo momento, el viaje a las Indias Orientales por el Oeste, es una cuestión real. Pero una cosa sí ha de quedar clara. Estamos sumidos en la guerra contra los moros y nuestra prioridad, en estos*

momentos, es la conquista de Granada. La Corona no desprecia su proyecto, y como le he dicho anteriormente, financiará la expedición cuando haya concluido la guerra".

Han pasado quinientos treinta y dos años desde que Colón estuvo en Jaén. He intentado recrear una historia, conjugando ficción con realidad, y así recordar la gran trascendencia que esta entrevista tuvo para el descubrimiento de América ya que en Jaén empezó a fraguarse todo.

Hay una placa conmemorativa de esta visita en donde pudo estar situado el Palacio Episcopal. En la calle Campanas, esquina con la calle Cerón. En la misma se puede leer "Entre el 22 de mayo y el 20 de octubre de 1489, la Corte de los Reyes Católicos se estableció en la ciudad de Jaén, con ocasión de la conquista del Reino Nazarí de Granada. En este lugar, por entonces Palacio Episcopal, Cristóbal Colón se entrevistó con la Reina Isabel de Castilla, una audiencia de gran relevancia para el futuro descubrimiento de América".